



ALMAS SOLITARIAS

- JUAN. Alguien anda por ahí.
ANA. (*Entra*) Soy yo, Juan.
JUAN. (*Paseándose*) ¿Quería usted marcharse sin despedirse de mí?
ANA. A decir verdad, dudé un instante. Pero ahora creo que más vale así.
JUAN. Me hallo en situación terrible. Llegó mi padre... Jamás le había visto así... No puedo olvidar aquella emoción. Y por otra parte, es preciso que vea cómo nos abandona usted; usted señorita...
ANA. Y sin embargo, señor doctor, debía partir un día u otro.
JUAN. ¡Pero si usted no debe partir!... ¡Si usted no puede partir! Y menos ahora en este momento... (*Se sienta, apoya la frente en la palma de la mano y suspira dolorosamente.*)
ANA. (*Con voz apenas inteligible.*) ¡Señor doctor...! (*Pone cariñosamente la mano en la cabeza de Juan.*)
JUAN. ¡Ana!...
ANA. Piense usted en todo lo que nos dijimos, hace poco, una hora apenas... ¿Convertiremos la necesidad en virtud?

- JUAN. (*Levantándose y paseando nerviosamente.*) No recuerdo lo que dijimos. Mi cabeza que atormentaron y destruyeron, está vacía. Tampoco recuerdo lo que hablé con mi padre. No sé *nada*: mi cabeza está aniquilada.
ANA. ¡Oh!... y sin embargo sería tan hermoso, Juan, que los últimos momentos los percibiéramos con claridad!
JUAN. (*Después de corta lucha interior.*) Ayúdeme usted Ana. Nada noble, nada elevado resta en mí. Me he convertido en otro. En este momento ya no soy el que era cuando llegó usted aquí. Sólo siento repugnancia y aversión a la vida. Nada tiene valor alguno para mí. Todo está sucio, asqueroso, profanado, cubierto de lodo. Digo mal, por los gestos y palabras de usted, vengo a colegir que yo era algo para usted y si no puedo seguir siendo lo que era, entonces... entonces... ¿qué me importa lo demás?... Firmando bajo la suma, habré terminado mi cuenta. (*Se detiene delante de Ana.*) Déme usted un sostén... algo en que apoyarme... un sostén... Estoy destrozado... un apoyo... Ana... ¡Todo se hunde en mí!
ANA. Señor doctor, siento muchísimo verle así, no sé que apoyo prestarle. Pero piense usted en que todo esto lo sabíamos de antemano: un día antes o un día después, debía suceder señor doctor. (*Juan se para y reflexiona*) y ¿qué? ¿recuerda usted ahora? ¿intentaremos la prueba? ¿Quiere usted que nos dictemos una ley y que a esta ley única, nuestra, conformemos toda nuestra vida aunque jamás nos volvamos a encontrar...? ¿Sí? Aparte de esto, nada puede ligarnos. No debemos abrigar ilusiones: todo lo demás nos separa. ¿Estamos de acuerdo?... ¿Acepta usted?... Comprendo que esto pudiera sostenerme. Podría también trabajar sin esperanza de al-

canzar el fin. ¿Pero quién me responde de ello? ¿Dónde encontrar la fe? ¿Quién me asegura que no me atormento inútilmente por nada?

ANA. Si *queremos* Juan, ¿para qué necesitamos fe ni garantías?

JUAN. Y ¿Si mi voluntad no es fuerte?

ANA. (*Con voz cariñosa.*) Si la mía desfalleciese, pensaría en aquel que acata la misma ley. Y estoy segura de que aquel pensamiento me reanimaría. Juan, en usted pensaré.

JUAN. Pues bien, ¡sea! Señora. . . . Ana. . . . *quiero, quiero.* Conservaremos la idea de una existencia nueva, libre, que evoque la felicidad ya lejana que fué nuestra. No se desvanecerá lo que sentimos alguna vez, la probabilidad que hemos vislumbrado. No importa que disponga de porvenir ó no, ¡Subsistirá! Su luz continuará brillando en mí, y si se extingue es que mi vida se habrá extinguido. (*Los dos callan profundamente emocionados.*)

JUAN. Gracias, Ana.

ANA. ¡Sea usted dichoso, Juan!

JUAN. ¿A dónde vá usted ahora?

ANA. Tal vez al Norte. Tal vez al Sur.

JUAN. ¿No quiere usted decírmelo?

ANA. ¿No sería mejor que no me lo preguntara?

JUAN. Pero. ¿No nos enviaremos siquiera. de cuando en cuando. algunas palabras. algunas noticias tal vez. lo que hacemos. en dónde estamos?

ANA. (*Levanta la cabeza tristemente*) ¿Debemos hacerlo? ¿No nos expondríamos a naufragar? ¿Y si zozobráramos nos habríamos equivocado una vez más.

JUAN. Pues bien ¡sea! Llevaré la carga; la sostendré aunque me aplaste. (*Da la mano a Ana*)

ANA. ¡Que sea usted feliz!

JUAN. (*Esforzándose en dominarse.*) ¡Juan! escuche usted. esta sortija fué recuperada

del dedo de una muerta, de una mujer que acompañó a su esposo a Siberia. y que luchó a su lado hasta el fin. (*Con ligera ironía.*) Nuestro caso es distinto.

JUAN. ¡Ana! (*Lleva la mano de Ana hasta los labios.*)

ANA. Nunca llevé otra joya. Hay que pensar en la historia de esta sortija, si la voluntad se debilita. Y cuando la contemple en sus horas de desaliento, piense entonces en aquella que. lejos de usted. alma solitaria como la suya. combate en la misma batalla dolorosa. ¡Que sea usted feliz!

JUAN. (*Con desesperación.*) ¿Jamás, jamás nos volveremos a ver?

ANA. Si nos viésemos de nuevo, estaríamos perdidos.

JUAN. ¡Ah! Si pudiera resignarme a esta idea.

ANA. ¡El viento que no derriba el árbol, prueba su fortaleza, Juan!

(*Quiere marcharse.*)

JUAN. ¡¡Ana! ¡Hermana!

ANA. Hermano Juan! (*Llorando.*)

JUAN. ¿No se atrevería un hermano a abrazar a su hermana, cuando van a separarse para siempre?

ANA. No, Juan.

JUAN. ¡Sí, Ana, sí! (*La estrecha y unen sus labios en un solo y fervoroso beso.*)

ACTO QUINTO. Escena III.

GERARDO HAUPTMAN.

ALMAS SOLITARIAS

- BRAUN. ¡Cómo te vuelves Juan! ¿Será verdad que estás embrujado? (*Con afectada compasión.*)
- JUAN. ¡Dejadme en paz, envenenadores de almas!
- BRAUN. Sosiégate, Juan. Soy tu amigo Braun y no pretendo darte lecciones de moral.
- JUAN. Lo que haceis vosotros es prostituir mis ideas. Cometeis una profanación intelectual que me reporta sufrimientos mortales.
- BRAUN. ¡Ea! ¡No quiero hablar más con vosotros!
- JUAN. Al punto a que han llegado las cosas, te será difícil encerrarte en un silencio absoluto. Por lo tanto, Juan, tranquilízate, y habla.
- BRAUN. Pero ¿qué pretendéis saber? ¿De qué se me acusa? ¡Si yo desisto en lo absoluto de defender mi causa! Mi orgullo no me lo permite, y al pensarlo solo, siento asco.
- JUAN. Escucha Juan: yo juzgo las cosas con frialdad.
- BRAUN. Júzgalas como quieras, pero no me lo digas, pues cada una de tus palabras, me produce el efecto de un latigazo en la cara.
- JUAN. No obstante Juan, has de reconocer que juegas con fuego.

- JUAN. Nada reconozco. Mis relaciones con Ana, nada os interesan ni podéis apreciarlas.
- BRAUN. Pero no negarás que tienes ciertas obligaciones para con tu familia.
- JUAN. Como no me negarás tú que también las tengo para mí mismo. Es curioso; tanto como habéis argumentado, y ahora que doy el primer paso con libertad, el miedo os acomete y me habláis de deberes.
- BRAUN. No es cierto. ¿Quién habla de deberes? La cuestión es ésta: ver claro y escoger entre Ana y tu familia: nada más.
- JUAN. ¡Muy bien! Cualquiera diría que te has vuelto loco. Por lo que veo, con motivo y sin motivo queréis provocar un conflicto por cosas que no existen. Es falso cuanto decís tú y los que te secundan. Yo no me hallo frente de ningún dilema: el sentimiento que me une a Ana no es el mismo que me une a Catalina. El uno no impide el otro: es un lazo simplemente de amistad ¡vive Dios! y basado en nuestra igualdad intelectual, y en nuestras comunicaciones mutuas, hasta tal punto, que nos entendemos perfectamente en lo que jamás me entendería con vosotros. Desde que entró en esta casa me parece vivir en otro mundo. A ella debo mi regeneración, el haber recobrado mi amor propio, la alegría de vivir, la fuerza creadora que en mí siento; todo, todo se lo debo a ella. Y solo es una amiga ¿entiendes? ¿Por qué no pueden ser amigos y corresponderse como tales un hombre y una mujer?
- BRAUN. Permíteme que te diga Juan, que tú no quieres nunca juzgar las cosas con serenidad y reposo.
- JUAN. ¡Ah cándidos que no sabéis por donde andáis! Vuestras fórmulas son las mismas que he pisoteado tiempo há. Si me apreciáis deveras, dejadme en paz, porque como no sois capa-

ces de concebir mi evolución personal, sólo conseguiréis con vuestra intervención disgustos domésticos; pero me revestiré de la fuerza de voluntad suficiente, para constituirme en salvaguardia de lo que es en mí una condición vital, sin por eso perjudicar a nadie. Eso quiero yo, ¿lo oyes bien?

BRAUN.

Es tu defecto de siempre, Juan, querer conciliar lo inconciliable. Para mí no hay más que una conclusión, y es que te expliques con Ana y la expliques lo que pasala conveniencia de marcharse.

JUAN.

¿Y nada más? ¿Esto es todo? Pues bien, para tu buen gobierno y para que no te canses en razonamientos inútiles, ten por entendido (*Mirándole fijamente y acentuando sus palabras*) que no se hará nada de cuanto vosotros queréis. Braun, ya no soy lo que era poco há, una fuerza superior me mueve: y ni vosotros ni vuestros argumentos lograrán dominarme. He vuelto a la vida, me he regenerado y quiero conservarme íntegro, tal como soy, mal que os pese a todos.

ACTO TERCERO. Escena XV.

GERARDO HAUPTMAN.



Hedda Gabler.

THEA es una mujer joven, delicada, de grandes ojos azules y espléndida cabellera de un rubio pálido. Su mirada es tímidamente interrogadora e inquieta. Viste con muy buen gusto y simplicidad, sin exagerada elegancia.

HEDDA es una mujer de veintinueve años, llena de nobleza y distinción. Ojos fríos y calmos de un gris acero. Cabellos castaños de ligero tinte rojo, no muy espesos. Viste un holgado traje de mañana muy elegante.

HEDDA. (*Acercándose a Thea sonriendo y hablando en voz baja.*) ¿Y bien? ¿Ya ha logrado lo que quería, eh?

THEA. No sabe usted cuanto se lo agradezco.....

HEDDA. Y ahora que estamos solas, podemos hablar con entera libertad de lo ocurrido.... No me oculte usted nada.

THEA. Nada les he ocultado, se lo juro a usted.

HEDDA. A mí puede usted confiarse por completo.... Siéntese usted, siéntese y hablemos como antiguas amigas.

THEA. (*Mirando el reloj.*) Señora Tesman, se hace tarde y quisiera.....

HEDDA. ¡Oh! por Dios... ¿No tiene usted confianza en mí? ¿No recuerda usted ya que hemos sido compañeras de colegio?

THEA. Sí, lo recuerdo ¡Y qué miedo tenía yo entonces de usted!

- HED. ¿Miedo de mí?
THE. (*Sonriendo.*) Un miedo horrible..... por que usted me tiraba de los cabellos.
HED. ¿Deveras?
THE. Sí.....y hasta recuerdo que un día dijo usted que quería quemar mi cabellera.
HED. ¡Oh! cosas de chiquilla.
THE. Naturalmente. Pero era yo entonces tan apocada, y luego, ¡perteneía usted a una clase tan superior a la mía!
HED. Pues hemos de procurar ahora enmendar todas aquellas chiquilladas.....Pero se me ocurre una cosa. ..En el colegio nos tuteábamos.
THE. No....me parece que no.....
HED. Sí, sí.....Lo recuerdo perfectamente. ¡Vaya! Y hemos de tutearnos ahora. ¡Pues no faltaba más! Y nada de "señora Tesman...!" Hedda simplemente Hedda....
THE. ¡Qué buena es usted!....
HED. Y yo también te llamaré por tu nombre. Thora, mi querida Thora.
THE. Me llamo Thea ¿no lo recuerda usted?
HED. Sí, Thea quise decir. (*Mirándola con interés y mirando con marcada envidia sus espléndidos cabellos.*) Y dí: parece que no eres feliz allá en aquel villorrio, en tu casa.....
THE. ¡Mi casa! ¡Oh! ¡Nunca he sabido cual era mi verdadera casa!
HED. (*Mirándola con insistencia.*) Ahora creo recordar. ¿No entraste al principio como institutriz en casa del juez Elvsted?
THE. Estaba allí al principio como ama de llaves. Pero su mujer, su primera mujer, se hallaba siempre enferma, guardando cama y muy pronto tuve que encargarme por entero del gobierno de la casa.
HED. Que ha acabado por ser la tuya.....
THE. Sí, desde hace cinco años.....
HED. ¿Cinco años hace que te casaste con el señor Elvsted?

- THE. Sí, cinco años. ¡Oh! ¡y qué cinco años! Sobre todo los dos o tres últimos. Si usted supiera.
HED. (*Fingiendo cariño, corrigiéndola y mirando malignamente sus cabellos.*) ¿Usted? Tú.... Tú.....
THE. Si usted .Si tú pudieras imaginar.....
HED. ¿Alberto Loevborg ha vivido tres añosa llí también?
THE. Sí, tres años.....
HED. ¿Tú le conocías cuando vivías aquí?
THE. No.....de nombre solamente.
HED. Y allí en el pueblo ¿le veías con frecuencia?
THE. Sí, todos los días daba lección a los niños.... Yo no podía cuidar de todo.....
HED. (*Después de una pausa.*) Y tu marido se ausentará muy a menudo ¿verdad?
THE. Sí....siendo juez de paz, sus ocupaciones le obligan a recorrer el distrito.....
HED. (*Apoyando el brazo en el sillón con gran cariño.*) ¡Mi pobre Thea! Dí, querida mía, dime toda la verdad.....Confíesamelo todo.....
THE. Sí.....pregunta lo que quieras y te responderé.....
HED. Y.....tu marido ¿cómo se porta contigo? ¿Es bueno para ti?
THE. (*Sin convicción.*) A su manera, sí. El cree obrar bien.
HED. Debe ser muy viejo para ti.....¿Tendrá por lo menos veinte años más que tú?
THE. Sí....más de veinte años. (*Pausa.*) No siento por él ningún afecto. Nuestras ideas nada tienen de común.
HED. Pero te ama.....a su manera.
THE. ¡Qué se yo! Le soy útil: he ahí todo.....
HED. ¿Sí?
THE. Y no le resulto gravosa; no le cuesto cara.
HED. ¡Oh, no digas tonterías!
THE. Es la verdad Hedda. Mi marido no siente afección por nadie, no ama más que así mis-

- mo.....y algo quizá a los niños.
- HED. ¿Y a Alberto Løevborg?
- THE. ¿A Alberto? No comprendo.....
- HED. Querida mía.....¿no te ha mandado que vi-
niesen en busca suya? me parece que tú.....
tú misma se lo has dicho a Tesman....
- THE. *(Pausadamente.)* Sí, es cierto.....lo he di-
cho.....*(Con resolución, después de una pau-
sa.)* ¡Hedda! prefiero confesártelo todo....
De todos modos ha de saberse la verdad.
- HED. Pero ¡querida Thea!
- THE. Pues bien *(Resuelta)*, he abandonado mi ca-
sa, sin saberlo mi marido.
- HED. ¿Sin saberlo tu marido?
- THE. Sí.....se hayaba de viaje y yo no podía ya
más; mi vida era imposible. La soledad en
que iba a encontrarme me dió fuerzas.....
Y decidiste.....
- HED. Marcharme. Recogí mis cosas, lo estricta-
mente necesario y abandoné aquella casa.
- HED. ¡Pero te has atrevido a hacer esto!
- THE. *(Levantándose y atravesando la escena.)* ¿Qué
debía hacer pues?
- HED. Pero tu marido.....cuando regreses.....
- THE. *(Deteniéndose delante de la mesa y mirando
a Hedda.)* ¿Cuando yo regrese? ¡Oh! No vol-
veré nunca a aquella casa
- HED. *(Acercándose a ella.)* Estás pues, resuel-
ta a.....
- THE. Sí; no podía obrar de otro modo. Hay co-
sas que no pueden ocultarse siempre.....
- HED. Pero ¿no has calculado lo que se dirá de ti?
- THE. ¡Qué me importa lo que pueda decirse! *(De-
jándose caer en el sofá.)* Sé que he cumpli-
do mi deber.
- HED. ¿Y qué será de ti ahora? ¿Cuáles son tus
proyectos?
- THE. Oh, nada he pensado. Sé solamente que si
debo vivir, ha de ser donde se halle Alberto..
(Acercando cerca de ella una silla y sentán-

- dose su a lado a tiempo que le coje las manos
y se las acaricia. Pausa.)*
¿Y cómo ha empezado esta amistad entre tú
y Alberto?
- THE. Poco a poco fuí adquiriendo cierta influencia
cerca de él.....y sin yo decírselo logré que
renunciara a sus antiguos hábitos....
- HED. ¿Sin decírselo?
- THE. Sí. Nunca me hubiera atrevido a ello, pero
conoció que me repugnaban sus costumbres
licenciosas y cambió por completo de con-
ducta.
- HED. *(Sonriendo.)* Así que. ¿puede decirse que
le has regenerado?.....
- THE. Lo dice él mismo. Y yo a su lado he cam-
biado también completamente.
- HED. ¿Tú también?
- THE. Sí. El me ha enseñado a pensar y a refle-
xionar acerca de mi vida. ¡He sido tan fe-
liz! Qué días tan dichosos aquellos en que
me dejaba que le ayudase en sus trabajos!
- HED. ¿Ayudarle dice?
- THE. Sí. Cuando escribía, me indicaba siempre
que yo trabajase a su lado.
- HED. Como dos compañeros ¿verdad?
- THE. ¡Y cómo me sentía dichosa, Hedda! ¡Oh! si
pudiera hallarle de nuevo.
- HED. ¿No estás segura de él? Temes haber perdi-
do tu influencia sobre Alberto?
- THE. Entre Alberto y yo, se levanta la sombra de
una mujer.....
- HED. ¿De una mujer? *(Mirándola fijamente.)* ¿De
quién?
- THE. No lo sé. De una mujer que conoció hace
ya tiempo y que no puede olvidar.
- HED. ¡El te lo ha confesado! ¿Te ha hablado de
ella?
- THE. Una sola vez hizo alusión a su recuerdo.
- HED. ¿Qué te dijo?
- THE. Me dijo que en el momento de su separación

aquella mujer le amenazó de muerte con una pistola.

HED. (*Fríamente.*) Entre gentes dignas no ocurren esas cosas.

THE. Por esta razón he sospechado de aquella cantante de cabellos rojos con la cual Alberto....

HED. Sí; es posible que sea ella.....

THE. Y he sabido que esa mujer se hallaba de regreso; que se halla aquí. Imagina mi desesperación.

HED. (*Mirando hacia el fondo.*) ¡Pst! Aquí está Tesman; ni una palabra de todo esto.

ACTO PRIMERO. ESCENA VI.

E. IBSEN.



EL PATO SILVESTRE



- GREGORIO Ahora, ¿qué piensa usted de Hialmar?
- RELLING No he reparado..... no sé.....
- GREGORIO ¡Pardiez! ¡En el crítico momento en que su vida se reconstruía con nuevos cimientos! ¿Cree usted que un carácter como el suyo?...
- RELLING ¿El, un carácter?..... Si jamás ha tenido germen alguno de esas deformaciones que usted llama carácter.
- GREGORIO Es extraño..... con su educación..... tan mimado.
- RELLING ¿Se refiere usted a sus dos tías, aquel par de viejas histéricas y desequilibradas?
- GREGORIO Aquellas mujeres, no lo dude usted, nunca dejaron postergar los derechos del ideal. Éa, no se burle usted.
- RELLING No, no estoy para eso. Pero cónstele que le he oído declamar contra esos *asesinos de su alma*. No creo, sin embargo, que les deba ningún favor. La desgracia de Ekdal con-